

LA REALIDAD Y SU CONOCIMIENTO EN LA FILOSOFÍA GRIEGA ANTIGUA

1. El problema

Los niños crecen, la ropa se gasta, las costumbres se modifican, todos éstos son ejemplos de cambios. Estamos tan acostumbrados a estos y otros cambios que nos parecen la cosa más natural del mundo. Sin embargo, es fantástico que haya cambio y bien podría no haberlo. Tal vez, e universo entero podría haber sido estático, más o menos como cuando los chicos juegan a las estatuas, o sea, a quedarse inmóviles.

¿Hay algo permanente, es decir, algo que no cambie y que sea una especie de soporte de todos los cambios o, por el contrario, todo será nada más que un cambio incesante? Para el autor del *Eclesiatés*, Antiguo Testamento: “Pasa una generación y viene otra, pero la tierra permanece para siempre”; sin embargo hoy sabemos que nuestro planeta es sólo un pequeño astro que deambula en el espacio. Por otra parte, la física ha tratado de encontrar en el reino de lo infinitamente pequeño una partícula material invisible, el átomo, que tenga un carácter permanente, pero al explorar el átomo se hallaron partículas subatómicas de una duración limitada y que se transforman en energía.

Los filósofos antiguos al tratar de hallar una explicación última al conjunto de lo real dieron con la noción de *ser*, la más abarcadora de todas las nociones, y a la par que se preguntaban por el ser, también se preguntaron por las posibilidades cognoscitivas del hombre y buscaron determinar las características de un conocimiento seguro y confiable, planteando de este modo no sólo el problema *ontológico* o *metafísico*, sino también la cuestión *gnoseológica*.

2. Los comienzos de la filosofía. Mito y filosofía

La historia de la filosofía comienza en Grecia. Los griegos constituían un pueblo que vivía en el Mediterráneo oriental, principalmente en las costas e islas del mar Egeo y del mar Jónico, aunque llegaron a establecer asentamientos en puntos tan distantes entre sí como el mar Negro, la costa mediterránea de España y el norte de África. Su civilización se extiende a lo largo de varios siglos, a través de los cuales se pueden diferenciar etapas, pero se conviene en que llega a su culminación en la Grecia continental, en el siglo V a.C., que recibe el nombre de “siglo de Pericles”.

Los griegos fueron un pueblo notablemente creador en muchos terrenos. Sus aportes en literatura, escultura y arquitectura, así como en ciencia y filosofía, y en la organización social y política, fueron decisivos en toda la civilización occidental posterior. Los griegos estaban en contacto e incorporaron conocimientos de los pueblos del cercano oriente, como los egipcios y los babilonios, que habían producido descubrimientos matemáticos y astronómicos importantes.

Aunque cuando hizo falta supieron pelear, no se trató de un pueblo demasiado poderoso, ni conquistador militar. A pesar de que derrotaron a los persas en el siglo V, luego de haber sufrido gran cantidad de luchas internas, sucumbieron frente a Alejandro de Macedonia en el s. IV y posteriormente ante el empuje de las legiones romanas, siglo II a.C. Pero, vencidos militarmente, sedujeron a sus conquistadores culturalmente, imponiendo en buena medida su manera de entender el mundo y la vida humana. El mismo Alejandro había sido educado por uno de los mayores filósofos griegos, Aristóteles, y la costumbre romana era confiar la educación de los niños a los griegos.

Muchísimas palabras griegas pasaron al latín y de allí a las lenguas modernas europeas; no sólo “filosofía” que deriva del griego *phileo*, “yo amo” y *Sophia*, “sabiduría”; sino expresiones como “democracia”, “psicología”, “práctica”, etc. También nombres propios

como “Nápoles”, del griego *neo*, “nuevo” y *polis* “ciudad” o, “Niza” de *niké*, “victoria”, reconocen su origen en la lengua griega.

Montañosa, en buena medida árida, la Grecia continental está constituida por pequeños valles relativamente aislados que se comunican más fácilmente por mar que por tierra. Este territorio era propicio para que se desarrollaran pequeñas comunidades autónomas, las *poli* o ciudades-estado, cuya población, al crecer debía emigrar y fundar colonias que mantenían un vínculo más espiritual que material con la metrópoli. Pueblo de navegantes, amante de la autonomía y la libertad, abierto a las otras civilizaciones, logró emanciparse económica, política y mentalmente. Este pueblo fue el que comenzó a filosofar.

Aunque los griegos fueron los primeros en comenzar a filosofar, no lo hicieron de un día para otro; tampoco fueron los primeros en formularse preguntas filosóficas, sino que fueron los que iniciaron una consideración racional de esas preguntas, y con ello, los que dieron nacimiento a la filosofía.

Con anterioridad, los mismos griegos y muchos otros pueblos se habían preguntado por los comienzos del mundo, elaborando diferentes *cosmogonías*, es decir, explicaciones acerca del modo en que se había generado el cosmos. Estas cosmogonías tenían un carácter mitológico, es decir, explicaciones que no pretendían ser racionales, eran aceptadas como una creencia, tenían un origen anónimo que se perdía en la noche de los tiempos. Así, por ejemplo, algunas de estas cosmogonías ubicaban en el principio al caos primordial en el cual todo constituía una unidad; del caos surgieron y se diferenciaron la tierra, el agua y el cielo estrellado, constituyéndose el *cosmos*, expresión que en griego significa “orden”.

La filosofía se fue diferenciando progresivamente de las explicaciones mitológicas en la medida en que los filósofos trataban de dar explicaciones más o menos racionales que podían ser aceptadas o rechazadas por medio de la argumentación; las explicaciones filosóficas ya no pertenecían al folclore de los pueblos, ni eran anónimas, sino que eran las ideas de tal o cual filósofo.

Tales, que vivió en el siglo VII a.C., en la ciudad de Mileto, en Jonia, está considerado habitualmente el primer filósofo. Forma parte del grupo de los *presocráticos*, es decir, de los filósofos anteriores a Sócrates, de quienes sólo se conservan breves fragmentos y algunos testimonios de sus contemporáneos. La pregunta que se formula Tales es de qué están hechas todas las cosas, cuál es su principio o *fundamento*. La respuesta que dio puede ser un tanto sorprendente: el agua. En el fondo todo está hecho de agua, este libro, aquella mesa, etc. Pero, lo que distingue la explicación de Tales de una respuesta mitológica es que llegó a ella a partir de ciertas observaciones y por un proceso de razonamiento. En efecto, Tales observó que el agua es fundamental para todos los seres vivos, que la reproducción tiene lugar siempre en un medio acuoso, que el agua puede pasar del estado líquido al sólido y al gaseoso, etc. Estas razones hoy no nos resultan convincentes, pero, en el tiempo en que fueron dadas, deben valorarse como un intento de pensar racionalmente y por cuenta propia. Por eso Tales tiene bien ganado el título de primer filósofo.

3. Heráclito y Parménides. El cambio y lo permanente

Hubo dos filósofos, Heráclito, que vivió en la ciudad de Éfeso, y Parménides, en Elea, que estudiaron la cuestión del cambio y llegaron a conclusiones muy diferentes. Ambos vivieron hacia la misma época, pero no se sabe si se conocieron, pues en realidad, Éfeso y Elea son ciudades que quedaban muy lejos una de la otra. Lo cierto es que sus ideas son absolutamente contrarias.

Para Heráclito, *todo cambia* y nada hay que sea permanente. Heráclito expresa esta idea diciendo que es imposible bañarse dos veces en el mismo río porque en el tiempo que va entre la primera y la segunda vez que se ingresa al río, las aguas, por el curso de la corriente, son

otras y el río sólo aparentemente es el mismo. Un discípulo de Heráclito agregó que ni siquiera una vez nos podemos bañar en el mismo río, porque las aguas cambian a cada momento, continuamente. Por otra parte, y aunque esto nos provoque cierto vértigo, también nosotros, los sujetos, cambiamos constantemente.

Para Heráclito entonces, todo está en movimiento, todo está cambiando continuamente, pero este cambio no se produce de cualquier manera: un niño no se transforma en un elefante, es decir, el cambio se produce siguiendo cierto orden, a este orden o ley del cambio Heráclito lo llamó *logos*. Lo frío se calienta, lo caliente se enfría, lo húmedo se seca, lo que está seco se humedece. El cambio se da al pasar de un opuesto al otro. Los *opuestos o contrarios* se necesitan entre sí, se condicionan. Si decimos de algo que está frío es porque conocemos lo caliente, si afirmamos de alguien que está sano es porque sabemos qué es estar enfermo. Si desapareciera completamente la enfermedad ya no sabríamos qué es la salud. Si se eliminara completamente la injusticia ya no sabríamos lo que es la justicia. Por eso decimos que los contrarios se necesitan entre sí.

De acuerdo con Heráclito, el sabio no es el que trata de comprender cada cosa aisladamente, sino quien intenta aprehender el *proceso de desarrollo*, descubrir su legalidad. El desafío de Heráclito es tratar de comprender un mundo, una realidad que está sometida a un cambio permanente.

Parménides piensa de un modo totalmente distinto del de Heráclito. Aunque Parménides ve, como todo el mundo, que las cosas cambian, considera que no debemos guiarnos por lo que vemos, oímos o tocamos, es decir, por nuestros sentidos, sino que debemos considerar la cuestión del cambio solamente con el pensamiento, con la *razón*.

A Parménides le parece que hay un principio racional, absolutamente seguro, que es el siguiente: “Lo que es, es y lo que no es, no es”, o “El ser es y el no ser no es”. Este principio es el punto de partida del razonamiento de Parménides. Si el ser es y el no ser no es, entonces el ser no puede haber comenzado en el tiempo, porque antes del ser hubiera sido el no ser. Pero, ¿qué hemos dicho? Esto es imposible, según nuestro principio el no ser no es, así que jamás podría haber sido el no ser. Por lo tanto, el ser no tiene un comienzo en el tiempo. Parménides continúa su razonamiento de la misma manera: si el ser es y el no ser no es, entonces el ser no puede tener un final en el tiempo, porque después del ser, sería el no ser, lo cual es imposible, por lo tanto, el ser no puede tener un final. Si el ser no puede tener un comienzo ni un final en el tiempo, entonces, el ser es *eterno*. Ésta es la conclusión a la que llega Parménides.

De un modo similar razona sobre el cambio. Cambiar es dejar de ser lo que se es para pasar a ser lo que no se es. Pero, la razón nos dice que el ser es y el no ser no es, ¿cómo podría ocurrir, entonces, que algo que no era pasase a ser o algo que fuera dejara de ser? Por lo tanto, el ser es *inmutable*.

Parménides llega a la conclusión de que lo que es auténticamente, *lo que es verdaderamente, no cambia, es eterno y es único*. ¿Y las cosas que vemos o sentimos cambiar? Parménides dice que se trata de una ilusión de nuestros sentidos, que el problema no hay que abordarlo con los sentidos, sino con la razón.

Parménides es el filósofo de lo permanente, el que busca algo fijo, algo que no cambie y que al hallarlo lo considera lo único real. En la historia de la filosofía posterior Heráclito y Parménides tuvieron una gran influencia y hubo filósofos que se acercaron más a uno o al otro.

Un filósofo que salió en defensa de Parménides con unos razonamientos muy agudos fue *Zenón de Elea*. Vamos a presentar algunos de estos razonamientos. Todos ellos tratan de demostrar que el movimiento, que es el cambio más simple, el cambio de lugar, es imposible o, por lo menos, difícil de comprender.

El primero de estos razonamientos es el que se denomina “La carrera de Aquiles y la tortuga”. Como es sabido, Aquiles era llamado el de los pies ligeros, y obvio es que la tortuga es uno de los animales más lentos del planeta. Cualquiera diría que en una carrera gana Aquiles. Tanta es la confianza que puede sentir Aquiles que hasta le da a la tortuga una ventaja. Zenón afirma entonces que Aquiles no ganará la carrera, es más, que jamás podrá alcanzar a la tortuga. ¿Cómo lo prueba? De la siguiente manera: mientras Aquiles recorre el espacio que media entre su punto de partida y el punto de partida de la tortuga, la tortuga habrá avanzado algo; mientras Aquiles recorre el espacio que hay entre el punto de partida de la tortuga y el punto que la tortuga había alcanzado, la misma algo habrá avanzado; mientras Aquiles recorre el espacio que hay entre... y así hasta el infinito. Conclusión Aquiles nunca alcanzará a la tortuga.

Otro argumento es el de la flecha. Una flecha separada hacia el blanco, en realidad no se mueve. ¿Por qué? Porque, dice Zenón, la flecha, antes de llegar al blanco tendrá que recorrer la mitad del camino. ¿De acuerdo? Y antes de recorrer la mitad del camino, tendrá que recorrer la mitad de la mitad. ¿De acuerdo? Y antes de recorrer la mitad de la mitad tendrá que recorrer la mitad de la mitad de la mitad... y así hasta el infinito. Conclusión, la flecha nunca saldrá disparada.

Los razonamientos de Zenón podrían resumirse de la siguiente manera: un cuerpo en movimiento, no se mueve donde está –precisamente porque está en movimiento-, ni se mueve donde no está –porque sería contradictorio que se moviera allí donde no se encuentra-. Por lo tanto, no se mueve donde está ni donde no está, es decir, no se mueve en absoluto.

Se cuenta que a otro filósofo, *Diógenes*, frente a los razonamientos de Zenón y como forma de refutar los mismos, se le ocurrió levantarse y caminar, de donde vendría aquello de que “el movimiento se demuestra andando”.

La problemática tratada por los presocráticos ha sido también motivo de obras literarias como la poesía “Son los ríos”, de Jorge L. Borges.

Somos el tiempo. Somos la famosa
parábola de Heráclito el Oscuro.
Somos el agua, no el diamante duro,
la que se pierde, no la que reposa.
Somos el río y somos aquel griego
que se mira en el río. Su reflejo
cambia en el agua del cambiante espejo,
en el cristal que cambia como el fuego.
Somos el vano río prefijado,
rumbo a su mar. La sombra lo ha cercado.
Todo nos dijo adiós, todo se aleja.
La memoria no acuña su moneda.
Y sin embargo hay algo que se queda
y sin embargo hay algo que se queja.

“Son los ríos”, Jorge L. Borges, 1985,
en *Los conjurados. Obras completas*. Tomo II.
Emecé, Bs. As., 1989.

4. El atomismo

Las ideas de Parménides, aunque difíciles de rebatir desde un punto de vista lógico, chocaban groseramente con las observaciones sensibles. Por otra parte, las ideas de Heráclito, aunque se acercaban más a la información que nos proporcionan los sentidos, presentaban la dificultad lógica de tener que admitir la producción de un cambio continuo sin un sustrato permanente.

Dos filósofos, Leucipo de Mileto y Demócrito de Abdera, sin embargo, ensayaron una síntesis entre las posiciones de Heráclito y Parménides. Leucipo y Demócrito postularon la existencia de *átomos*, que en griego quiere decir indivisible, minúsculas partículas materiales cada una de las cuales era eterna, inmutable, inengendrable e indestructible, es decir, tenían las propiedades del ente de Parménides, pero, a diferencia de éste, no eran únicas, sino múltiples y aunque en sí mismas inmutables, estaban sometidas al cambio de lugar. Los átomos se desplazaban en el vacío y se unían o separaban entre sí, formando distintos objetos materiales. En lo que se refiere a los cuerpos compuestos, los que tienen más vacío son más ligeros, duros son los más densos y blandos los más raros. La doctrina atomista es un *materialismo* en la medida en que afirma que toda la realidad se compone de átomos materiales o corporales. El cambio que experimentan los objetos se explica porque se agregan o desagregan átomos, que aunque son tan pequeños que no pueden ser vistos se distinguen entre sí por su tamaño y su figura. Los átomos están dotados de movimiento espontáneo y determinado y se mueven en un universo infinito, en parte lleno y en parte vacío. De esta manera, para la teoría atomista, ni el cambio ni la permanencia tienen un carácter absoluto, hay un cambio y una permanencia relativos y de este modo se concilia a Heráclito con Parménides. El atomismo va a ser retomado por la física a partir del siglo XIX y concepciones materialistas se van a desarrollar en la filosofía moderna.

5. La filosofía en el siglo de Pericles: los sofistas y Sócrates

El siglo V a.C. es el denominado “siglo de Pericles”, que constituye el momento de mayor desarrollo de la civilización griega y la época de la hegemonía de Atenas que, encabezando a las otras polis griegas, derrota a los persas. En Atenas se construyen los principales edificios que componen la Acrópolis, entre otros el Partenón; es también la época de los grandes autores teatrales: Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes. En este período llega a su máximo desarrollo la democracia directa griega, que aunque excluía a los esclavos, las mujeres y los extranjeros de las decisiones, constituye el más formidable experimento político del mundo antiguo.

La filosofía, que hasta entonces se había desarrollado con más fuerza en Jonia y en la Magna Grecia, es decir, en la periferia del mundo griego, se instala en Atenas y nuevos filósofos plantean una problemática distinta de la que había predominado hasta ese momento. Los nuevos temas son preponderantemente *antropológicos*. Más que indagar la naturaleza de la realidad, interesa ahora el hombre y el conocimiento. El imperativo “Conócete a ti mismo” que el oráculo manda a Sócrates es un signo de esta problemática.

En este marco surge un grupo de hombres a quienes se llama los “*sofistas*” y que son una especie de profesores que van de ciudad en ciudad enseñando a los jóvenes una cultura general más o menos útil para desempeñarse en la vida pública; entre sus enseñanzas se cuentan la oratoria y la argumentación para persuadir, necesarias para participar en las asambleas. Los sofistas cobraban a sus alumnos por la enseñanza que impartían; esta novedad, introducida por ellos, produjo un gran escándalo, ya que hasta entonces no se había considerado al saber como un medio de vida. Al enseñar, algunos sofistas transmitían ciertas doctrinas acerca del hombre, del conocimiento y de la vida moral que dieron lugar a grandes controversias, especialmente con Sócrates y Platón.

Una de las doctrinas, que fue muy discutida, es la enunciada por el sofista *Protágoras* al sostener que “el hombre es la medida de todas las cosas”. Con esto, aparentemente, quería decir que las cosas son según el cristal con que se miren, es decir, una posición que hace del conocimiento algo *relativo* o *subjetivo*. Relativo se opone a absoluto y subjetivo se opone a objetivo. Consideremos un ejemplo. Cuando alguien dice que la miel es dulce, posiblemente piense que esto es algo objetivo, es decir, que el ser dulce es una cualidad de la miel, con independencia de cualquier sujeto, y que este juicio tiene un valor absoluto, para cualquier persona y hasta para cualquier ser, la miel es dulce. Pero también puede pensarse que la miel es dulce para los sanos, pero tal vez no lo es para los enfermos o que es dulce para mí, pero no para otros. En consecuencia, el conocimiento tiene un valor subjetivo o relativo, pero no objetivo o absoluto. Un juicio puede ser verdadero para un hombre o algunos hombres y no serlo para otros.

Las cosas se complican todavía más cuando se pasa al terreno de los asuntos morales, a las cuestiones referidas al bien y al mal. Si el hombre es la medida de todas las cosas, una ley, por ejemplo, puede ser justa para unos hombres pero no para otros; para una época pero no para otra. Hasta la aparición de los sofistas se había creído que el hombre descubriría, con mayor o menor dificultad, lo que era la justicia, por ejemplo, pero las nuevas doctrinas venían a decir que el hombre inventaba la justicia.

Los sofistas introdujeron el relativismo en materia de conocimiento y en los asuntos morales; un paso más en estas cuestiones, que la mayor parte de los sofistas no llegaron a dar, es el *escepticismo*, la postura que duda de todo y recomienda la abstención, el no emitir juicio. El escepticismo, que va a florecer más adelante en la filosofía griega, considera que sencillamente no hay ninguna verdad. Quien va a llevar el escepticismo a su máxima expresión es *Pirrón de Elis*, siglos IV a III a.C., de quien se cuenta que sencillamente un día dejó de hablar. En efecto, si no hay ninguna verdad, si lo sabio es abstenerse, la conducta más coherente es el silencio.

El filósofo que reacciona contra los sofistas es *Sócrates*, quien lo hace a partir de la propuesta de un método. Consideremos un ejemplo que nos sirva para explicar el mismo. Sócrates intenta determinar qué es la valentía. A diferencia de los sofistas, piensa que no es posible que la valentía sea una cosa para unos y algo distinto para otros. Hay que determinar en qué consiste la valentía en forma objetiva. Sócrates se dirige a la plaza pública donde acostumbraba encontrarse y conversar con sus conciudadanos. Encuentra al general Laques y le pregunta en qué consiste la valentía. El general le responde que la valentía es no retroceder frente al enemigo. Sócrates le responde que eso no es erróneo, pero que se trata sólo de un ejemplo de valentía, que a veces se habla de un marinero valiente o de un político valiente. Frente a estos otros ejemplos de valentía, el general se confunde, no puede responder y reconoce que en realidad no sabe lo que creía saber. Con esto termina la primera fase del método que se denomina *refutación*. Ahora el interrogado sabe que no sabe y esto es valioso porque de esta manera ya no está en el error y tiene la posibilidad de llegar a la verdad, a diferencia del que no sabe pero cree saber y permanece en el error. La ignorancia que se sabe tiene un carácter positivo.

El segundo momento del método socrático se denomina *mayéutica*, que significa “arte de ayudar a dar a luz”, es decir, se trata del saber de la partera. ¿En qué consiste este segundo momento? Sócrates sigue adelante con el interrogatorio, planteándole al general distintos casos de valentía, ayudándole a establecer comparaciones entre ellos, hasta que el general logra dar a luz el *concepto* de valentía. El concepto, al que se arriba como conclusión del procedimiento socrático es universal, es decir, incluye o abarca todos los casos de valentía; expresa la esencia de la valentía y se opone a cualquier relativismo. Podrá haber muchos casos de valentía, como podrá haber muchas mesas; ser muy distintos entre sí, como las mesas pueden ser diferentes por su materia, su color, su forma, etc., pero el concepto universal de

“valentía”, como el de “mesa” será aplicable a todos los casos de valentía y a todas las mesas, respectivamente. Obsérvese que el papel de Sócrates es similar al de la partera: él ayuda a que su discípulo pueda llegar al conocimiento, pero no lo proporciona.

El método socrático es más *formativo* que informativo, no se trata de atiborrar la cabeza del discípulo con datos, sino de ayudarlo a pensar, a razonar; esto hasta tal punto que, muchas veces, en los diálogos socráticos no se llega a establecer una conclusión. Los dos aportes fundamentales de Sócrates a la filosofía son el método y el concepto universal.

6. Platón y el mundo de las ideas

Platón es uno de los filósofos más importantes de todos los tiempos. Casi todas sus obras las escribió en forma de diálogos en los cuales interviene como personaje principal Sócrates, que había sido su maestro. En sus diálogos Platón incluye alegorías, o sea, relatos metafóricos que le ayudan a expresar sus ideas. Una de las más célebres es la que se denomina “Alegoría de la caverna”.

Platón propone que imaginemos una caverna en la cual hay unos prisioneros encadenados desde su infancia, de tal manera que están obligados a mirar permanentemente hacia el fondo de la misma. Detrás de los prisioneros hay un fuego y entre el fuego y los prisioneros se encuentra un camino que por el pasan personas llevando sobre sus cabezas figuras de animales u otros objetos. El resplandor del fuego proyecta las sombras de estos objetos en el fondo de la caverna y una pared que llega hasta la altura de las cabezas de los hombres que los llevan impide que también se proyecte la sombra de ellos.

¿Qué sucede con los prisioneros? Ellos sólo pueden ver las sombras que se proyectan en el fondo de la caverna. Platón imagina que allí hay un eco que repite las palabras de los que portan sobre sus cabezas los objetos de madera. El resultado es que para los prisioneros esas sombras que parecen hablar constituyen la única realidad. Se ha dicho que la situación de los prisioneros en la caverna es similar a la del espectador en un cine: atrapado por la proyección puede emocionarse, reír o llorar, olvidando que se trata de un mundo de ficción.

Los prisioneros simbolizan o representan al hombre no educado, no formado, que toma por verdadero lo que ve y oye y es prisionero de la ignorancia y las apariencias, como el interrogado por Sócrates que no sabe pero cree saber.

Platón se pregunta entonces qué sucedería si se liberara a un prisionero. Al encontrarse libre de sus cadenas querría erguirse, volver la cabeza, pero todos estos movimientos le causarían dolor y molestias pues su cuerpo no estaba acostumbrado a los mismos. Si se lo obligara a mirar en dirección del fuego, sus ojos habituados a percibir sombras se deslumbrarían y nada verían. Su tendencia sería a volver a sus cadenas. Esto simboliza las dificultades con que tropieza el crecimiento y la educación de una persona porque al educarse se abandona una situación anterior en la cual se hallaba cómodo o, al menos, acostumbrado.

Platón imagina que el prisionero es conducido hasta el exterior de la caverna. Allí, la visión de los objetos reales y la luz del sol cegarían inicialmente al prisionero y tendría el impulso de retornar a la caverna, pero, si logra vencer dicha tendencia, pronto comprendería que esos objetos constituyen una realidad mucho más auténtica que la que percibía en la caverna.

En su conjunto la liberación y salida del prisionero de la caverna simboliza el pasaje del mundo estrecho y limitado de todos los días que se percibe por los sentidos al *mundo de las ideas* que es conocido por la razón. Pero, ¿qué es el mundo de las ideas? Por nuestros sentidos podemos ver muchas cosas que, por ejemplo, son más o menos esféricas como una pelota, una naranja o una bola de billar, pero nuestra inteligencia es capaz, más allá de estas cosas, de captar la *idea* de esfera en forma pura y perfecta. También podemos percibir cosas que son más o menos bellas o acciones que son más o menos justas, pero nuestra inteligencia puede

captar la idea de belleza o la de justicia. En este punto es clara la influencia de Sócrates; la novedad que introduce Platón es que estas ideas constituyen, según el filósofo, un mundo llamado de las ideas que existe con independencia de nuestro mundo de todos los días o mundo sensible. En ese mundo inteligible, que también se lo denomina así porque es conocido por la inteligencia, cada idea es *única*, sólo hay una idea de esfera, mientras en el mundo sensible hay muchas cosas que se acercan más o menos, pero ninguna alcanza la idea de esfera; cada idea es *eterna*, mientras en el mundo sensible las cosas más o menos esféricas tienen una duración limitada; cada idea es *inmutable*, es decir, no cambia, mientras las cosas sensibles se modifican más o menos continuamente.

Platón piensa que el mundo sensible es una copia imperfecta del mundo inteligible, que es el fundamento o causa del sensible. El mundo inteligible es el que permite comprender al sensible: comprendiendo la geometría de la esfera ideal se tiene un conocimiento aproximado de las cosas más o menos esféricas, como las naranjas, o las bolas de billar; comprendiendo la idea de belleza o de justicia es que se puede entender en qué medida las cosas se aproximan a la belleza o los actos humanos son más o menos justos. Sólo hay auténtico conocimiento, *episteme*, del mundo inteligible, mientras que del mundo sensible sólo hay opinión o *doxa*, un conocimiento mutable, aproximado de una realidad que no es plenamente cognoscible por estar sometida al devenir y sólo aproximarse a las ideas de manera imperfecta. La *doxa* se identifica en Platón con el conocimiento *sensible*, concreto y singular, que es incapaz de elevarse al universal. En cambio, la *episteme* es el conocimiento al que llega nuestra *razón* que, aunque en forma potencial, posee las ideas, porque, según Platón, en una existencia anterior, nuestra alma ha estado en contacto con las mismas y aunque en esta existencia encarnada las ha olvidado, puede llegar a recordarlas. El conocimiento es entonces un reconocimiento, una *reminiscencia* que puede producirse en ocasión de la percepción sensible pero que no se fundamenta en ella. No es que a partir de ver una pelota, una naranja, etc., el sujeto construye el concepto de esfera, sino que en presencia de una pelota o una naranja el sujeto recuerda o actualiza el concepto de esfera que ya poseía en estado potencial.

Si se presta atención es posible pensar que el mundo sensible es un mundo similar al que había descrito Heráclito: en él hay múltiples cosas, todo cambia, nada es eterno. Pero el mundo inteligible tiene mucho de Parménides: las ideas, como el auténtico ser, son únicas, eternas e inmutables. Platón, de esta manera, plantea una conciliación entre Heráclito y Parménides.

7. Aristóteles: el realismo

Así como Sócrates fue el maestro de Platón, Platón fue el maestro de Aristóteles. Pero Aristóteles fue un discípulo que, como los buenos discípulos, no aceptó todas las enseñanzas de su maestro sino que criticó y modificó muchas de las teorías de Platón y de los filósofos que le habían precedido. Al hacerlo muestra un desarrollo progresivo en el pensamiento griego que encontraría en la teoría aristotélica una síntesis.

Para Aristóteles, la realidad es este mundo que vemos, tocamos, sentimos, etc., lo que Platón había llamado el mundo sensible. Pero en este mundo hay diferentes clases de cosas. Algunas cosas existen en sí mismas, como un hombre, una mesa o una planta; en cambio, otras no pueden existir en sí mismas sino en otras, como por ejemplo un color o una cantidad. No puede haber algo que, por ejemplo, sea rojo y nada más que rojo; el rojo existe en una manzana roja, en un lápiz rojo, etc. Las cosas que existen en sí mismas son las sustancias o *ousías*; las cosas que sólo existen apoyándose en las sustancias, como las cualidades, las cantidades, etc., se llaman *accidentes*. Aristóteles considera a las sustancias como la forma fundamental de ser y trata de investigar su naturaleza.

Inmediatamente, Aristóteles se plantea si lo que existe es Sócrates o el hombre, Madrid o la ciudad, es decir, la idea universal o el individuo singular; y responde: lo que propiamente existe es el individuo, es porque hay ciudades como Madrid, México o Buenos Aires que podemos hablar de “la ciudad”, es porque hay individuos como Sócrates, Pericles o Fidias que podemos hablar de “el hombre”. A la cosa individual la llama Aristóteles *sustancia primera* o *ousía primera*.

Aristóteles intenta descubrir cuál es la naturaleza de la sustancia primera. Y postula que no es simple sino que se compone de dos elementos: *forma* y *materia*. Consideremos una mesa, en la misma hay un elemento, la madera de que está hecha que es la materia, pero también tiene una forma que es lo que hace que sea una mesa. Aclaremos: no se quiere decir que la mesa tiene una forma cuadrada, rectangular, etc., éstos serían accidentes de la mesa, sino que lo que se quiere afirmar es que la madera ha recibido una forma o esencia que es lo que hace que sea una mesa y no una puerta, una biblioteca, etc. La forma es la esencia, o sea, aquello que hace que una cosa sea lo que es y no otra cosa. Pero no existe forma sin materia ni materia sin forma.

Pero también una sustancia primera es un compuesto de *acto* y *potencia*. De una mesa se puede decir que es en acto una mesa y en potencia las cosas en que puede transformarse esa mesa. De un niño se dice que es un niño en acto, ésta es su realidad hoy, pero en potencia el niño encierra una enorme gama de posibilidades. Acto es realidad y potencia es posibilidad. Toda sustancia primera es un compuesto de acto y de potencia. No puede haber algo que sea pura potencia ni puro acto, porque algo que fuera pura potencia no tendría nada de realidad y algo que fuera puro acto sería algo totalmente acabado, perfecto.

Las ideas de acto y potencia le sirven a Aristóteles para dar una explicación del *cambio*. Cuando un montón de ladrillos, gracias al trabajo del albañil, se transforma en una pared, algo que en el montón de ladrillos estaba en potencia ha pasado al acto. Cambiar es pasar de la potencia al acto o, lo que es lo mismo, la actualización de una potencia. Cambiar no es pasar del ser al no ser o del no ser al ser, cosa que había rechazado Parménides, sino pasar del ser en potencia al ser en acto.

Repasemos, con algunos ejemplos, los conceptos explicados hasta aquí. En el mundo de la naturaleza todas las cosas son una combinación de materia y forma, de acto y potencia, de sustancia y accidentes. Un ladrillo posee una materia, el barro o la arcilla de que está hecho y una forma o esencia que es, en este caso, una configuración y un estado de agregación que hace que ese objeto sea un ladrillo y no un jarrón, por ejemplo. El mismo ladrillo es una combinación de acto y potencia: es en acto ladrillo, su realidad es ser ladrillo pero en potencia, el ladrillo es polvo, una pared, etc. Si ahora consideramos una pared, en la misma se puede distinguir una materia y una forma. La materia son los ladrillos y la argamasa de que está hecha; la forma es la organización que se ha dado a esos ladrillos que diferencian a una pared de un sendero en un jardín, que por ejemplo, se pudo construir con la misma materia, es decir, los ladrillos. La pared, por otra parte, es pared en acto; en potencia es escombros, etc. Un ladrillo o una pared singular es una sustancia primera, que el ladrillo sea cuadrangular o la pared sea blanca son accidentes de estas sustancias primeras.

De esta manera, Aristóteles explica lo que sucede en la naturaleza, en nuestro mundo, en la tierra. Pero Aristóteles piensa que la luna, el sol, los planetas y, más allá, las estrellas fijas, giran alrededor de la tierra con un movimiento, que Aristóteles considera perfecto, los cuerpos celestes son para Aristóteles inalterables; en nada cambian. Esto divide al cosmos en dos regiones claramente diferentes: la región sublunar, la de la tierra, donde todo es cambio y movimiento y, la de los cuerpos celestes inalterables.

Pero se pregunta Aristóteles cómo explicar, en definitiva, el movimiento, tanto el cambio en la tierra como el movimiento circular y uniforme de los cuerpos celestes. Aristóteles piensa que el movimiento requiere un motor, es decir, algo que mueva. Concluye entonces que existe

un primer motor que es fuente de todo movimiento, que no recibe el movimiento de otra cosa y que por ello es un motor inmóvil; este motor inmóvil es único, eterno e inmutable, es también acto puro, sin mezcla de potencia.

El primer motor de Aristóteles tiene los caracteres del ser de Parménides y se aproxima en algunos aspectos al Dios de la tradición judeocristiana.

También la concepción del conocimiento sostenida por Aristóteles es distinta de la de Platón. Para Aristóteles, el conocimiento comienza por la experiencia que nos proporciona una *imagen* sensible y singular de un objeto, se trata del conocimiento sensorial, pero el intelecto humano es capaz de leer en el interior de esa imagen singular y despojándola de las notas que la singularizan, captar su esencia o forma universal. El conocimiento intelectual logra formar un *concepto*, o representación intelectual de un objeto que, a diferencia de la imagen, es universal.

El realismo aristotélico, la concepción de la naturaleza como un conjunto de entes compuestos de forma y materia, acto y potencia, sometidos al cambio, y de una región celeste de entidades perfectas que culminan en el primer motor, serán retomados por el cristianismo medieval y convertidos en la concepción del mundo hegemónica, hasta que Copérnico (siglo XVI) y Galileo (siglo XVII), al cuestionar la astronomía y la física aristotélicas, inicien su resquebrajamiento.

8. A modo de conclusión

Los ensayos del pensamiento antiguo por dar respuesta al problema del ser, el cambio y lo permanente sentaron las bases de la labor filosófica y científica posterior. Las teorías de los filósofos griegos fueron retomadas en la Edad Media y los tiempos modernos y todavía hoy, los conceptos fundamentales que acuñaron como “átomo”, “forma”, “materia”, etc., son útiles instrumentos y objeto de discusión. Jesús Mosterín, autor español contemporáneo, evalúa de la siguiente manera las contribuciones efectuadas por ellos a la luz de los descubrimientos de la ciencia contemporánea:

A la teoría aristotélica de la materia y la forma como aspectos de todas las cosas corresponde la actual tendencia a considerar las cosas como sistemas, es decir, como universos o conjuntos de elementos (la materia), provistos de estructura (la forma). La teoría de un tipo de cosas consiste precisamente en la caracterización de su común estructura. Y, evidentemente, los elementos del universo de un sistema pueden a su vez ser sistemas, conjuntos estructurados. La relatividad de las nociones sistemáticas se corresponde bien con la relatividad de las nociones aristotélicas. Todas las realidades que conocemos se componen de materia y estructura. El materialismo y el estructuralismo son puntos de vista complementarios. Pero el estructuralismo puro, como el de Platón, olvida que una estructura siempre es estructura de algo. Y el materialismo puro es irremediabilmente ingenuo y apenas ha sido sostenido, pues incluso los atomistas clásicos reconocían que los cuerpos complejos eran conglomerados estructurados de componentes atómicos. La diferencia entre Aristóteles y los atomistas clásicos era en gran parte una cuestión de énfasis. Y conforme la ciencia de nuestro tiempo ha ido poniendo más énfasis en la estructura que en los componentes, en los principios de conservación de números cuánticos y simetrías que en las partículas conservadas, las viejas nociones aristotélicas han ido ganando nueva actualidad.

Grandes temas de la filosofía actual. J. Mosterín, 1981.
Salvat, Barcelona, 1984.

CONSIGNAS

¿Qué noción abarcadora encontraron los antiguos filósofos para dar cuenta de toda la realidad? Reflexiona acerca de por qué esta noción resultó adecuada a este propósito. ¿Qué otra cuestión procuraron explicar?

¿Cuál fue la importancia de la antigua civilización griega en la historia de occidente? Fundamenta la respuesta.

Construye un esquema comparativo entre las posiciones filosóficas de Heráclito y Parménides. ¿Cuál fue el aporte del atomismo en torno a zanjar las diferencias planteadas por estos filósofos? ¿Qué te llama la atención de los postulados de Leucipo de Mileto y Demócrito de Abdera?

¿Quiénes destacaron en Grecia durante el siglo de Pericles y qué diferencias importantes puedes establecer entre ellos?

¿Dónde expone Platón su teoría del conocimiento y cómo lo concibe en última instancia?

¿Qué es lo más real para este filósofo y cuáles son sus características? ¿Qué significa que Platón sea un dualista en el plano ontológico, epistemológico y antropológico?

¿Qué diferencia fundamental introduce Aristóteles respecto a lo que su maestro consideraba lo más real? ¿Qué conceptos metafísicos propone para entender la realidad? ¿Quiénes retomaron el realismo aristotélico y por qué crees que se convierte en una posición hegemónica?